

LA VIS EXPANSIVA DE LA GEOPOLÍTICA DE LA INDIA

Josep BAQUÉS QUESADA
Grupo de Estudios de Seguridad Internacional (GESI)
Profesor de la Universidad de Barcelona

Andrea ARRIETA RUIZ
Investigadora predoctoral UNED
en el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado



UANDO Brzezinski tuvo que posicionarse respecto al papel de India a finales del siglo xx, calificó al inquilino de la península-continente como un actor geoestratégico, por contraposición a los meros pivotes geopolíticos. La diferencia entre ambas categorías es sustancial, por cuanto los primeros son Estados con voluntad y capacidad real para ejercer poder allende sus fronteras, mientras los segundos son Estados carentes de alguno de esos dos atributos, pero importantes en función de su ubicación geográfica (Brzezinski, 1998: 48-49). Sin embargo, una cosa es ser un actor geoestratégico regional y otra muy distinta es ampliar el escenario hacia lo global. En ese segundo aspecto, Brzezinski era más prudente, afirmando que esa aspiración podía deberse a una «sobrestimación de las capacidades indias a largo plazo» (ídem, 54), máxime si eso conlleva competir con China.

Transcurridas algo más de dos décadas, tenemos indicios para pensar que India está dando un paso al frente para demostrar, por un lado, que Brzezinski no erraba en la primera de sus apreciaciones y, por otra parte, que quizá fue demasiado prudente en lo que se refiere a la segunda de las reflexiones.

Para comprender mejor el potencial de India es conveniente atender, en primera instancia, a la posición que ocupa de acuerdo con las principales escuelas de la geopolítica. Una vez posicionada, y atendidas esas implicaciones, analizaremos el poder potencial y militar de dicho Estado. Mientras que un tercer apartado de este trabajo será destinado al análisis específico de su proyección naval, para finalizar el artículo con unas breves conclusiones.

Situación geopolítica de India

Cuando Mahan escribió su clásico, el subcontinente indio era la «Joya de la Corona» del Imperio británico, de modo que la atención depositada por el estadounidense era subsidiaria de esa condición. Desde luego, se trataba de una pieza fundamental del engranaje comercial y militar de Londres, pero carecía de autonomía estratégica. De hecho, cuando Mahan define su famosa zona «disputable» de Asia (entre los paralelos 30° y 40°), India queda fuera de la misma (Mahan, 2003). Sin embargo, sabemos que el estadounidense sí daba mucha importancia al control del tráfico marítimo en el Índico, al margen de qué actores lo asumieran. No es para menos, teniendo en cuenta que una considerable parte del volumen del comercio marítimo mundial atraviesa estas aguas. Por lo demás, las reflexiones de Mahan, como las de cualquier otro maestro de la geopolítica, extrapolan las cuestiones de coyuntura histórica (por eso los llamamos clásicos).

Dicho con otras palabras, aunque la atención prestada por Mahan a India fuera escasa, no lo es menos que India posee un enorme potencial, de acuerdo



Figura 1. Mapa de los *choke points* o cuellos de botella en el océano Índico. (Fuente: *Future Directions International*, <https://www.futuredirections.org.au/publication/indonesia-india-maritime-defence-relations-time-for-a-more-robust-partnership/indian-ocean-choke-points/>).

con los parámetros mahanianos. Sobre todo en lo estrictamente geográfico. No en vano, se trata de un Estado que, incrustado en el océano Índico a modo de cuña, delimita el mar Arábigo y el golfo de Bengala, quedando como centinela privilegiado de algunas de las rutas marítimas más relevantes de ayer y de hoy. No solamente (aunque sobre todo) en lo que respecta a la Ruta Marítima de la Seda, entre los *choke points* (fig. 1) de Malaca (a levante) y de Ormuz y Bab el-Mandeb (a poniente). Porque también constituye una buena atalaya en lo que concierne al canal de Mozambique, sobre el que India puede (y suele) proyectar su poder naval. Por todo ello, India responde bien a lo que Mahan denomina, a veces, como «base de operaciones» (Mahan, 1897: 65) y en otras ocasiones como «base permanente» (Mahan, 2007: 102).

Esta interesante posición no oculta que muchos de los conflictos que India tiene abiertos lo son por territorios continentales, sobre todo con Pakistán y con China, que a su vez —no lo olvidemos— mantienen una alianza mutua. Más de 3.000 kilómetros de frontera terrestre entre ambos colosos dan para mucho. El caso más conocido es el de Cachemira (Jammu y Ladakh, de soberanía india, además del territorio de Aksai Chin, administrado por Pekín), al que debe añadirse el conflicto por el enclave de Doklam, en la frontera con Bután. Además, al Gobierno de Nueva Delhi le preocupa también la reivindicación china del estado de Arunachal Pradesh, al que Pekín alude, provocativamente, como el Tíbet del Sur.

En ese sentido, India está obligada a mirar constantemente a su espalda (eso que tanto preocupaba a Mahan), lo que de por sí muestra que lo más apropiado sigue siendo considerarla como una potencia del Rimland. Pero debe hacerlo mientras atiende a los nuevos imperativos geopolíticos anclados en el océano Índico, derivados de su nuevo rol como potencia emergente. Lo interesante del caso es que, ya sea en el montañoso septentrión o en el talaso-crático meridión, India se enfrenta al mismo antagonista.

El poder potencial de India... y sus dificultades

Además de su situación geopolítica, conviene señalar otros elementos que dotan a India de una extraordinaria proyección, como son el tamaño de su población, su capacidad tecnológica, sus Fuerzas Armadas o su destacada y creciente economía (Bajpai, 1998: 157).

En 2019, con datos previos a la pandemia, India contaba con más de 1.350 millones de habitantes y con el quinto PIB del planeta, solo por detrás de Estados Unidos, China, Japón y Alemania (aunque seguida de cerca por Francia y el Reino Unido). Esto le permite tener un presupuesto de Defensa de más de 60.000 millones de dólares, suponiendo aproximadamente el 4 por 100 del total mundial, a la altura de Rusia y solamente por detrás de los Estados Unidos y China.

Además, en el país emerge una creciente clase media (1). A partir del 20 por 100 actual, se calcula que hacia 2050 el 37 por 100 de su población tendrá esos estándares vitales (Borreguero, 2017).

Pero los problemas internos no son menores. El PIB per cápita deja mucho que desear (puesto 150 de 196, en el *ranking* mundial), las balanzas comerciales son recurrentemente desfavorables, debido en buena medida a que se trata de un importador neto de hidrocarburos que todavía carece del músculo industrial necesario para compensar esa servidumbre con la exportación de productos manufacturados (transición que China ya hizo hace años), y las políticas públicas del país tampoco son idóneas para atraer la inversión extranjera: en el índice *Doing Business* India ocupa el lugar 77 de 190 Estados evaluados (2).

Aunque India es una de las grandes desconocidas para Occidente, especialmente tras su tormentosa independencia, no podemos obviar la existencia de conflictos internos, latentes o de baja intensidad, que constituyen un quebradero de cabeza para el Gobierno de Nueva Delhi. Por un lado, la vigencia de las tensiones, atenuadas pero recurrentes, entre la mayoritaria comunidad hindú y la minoritaria congregación musulmana (un 15 por 100 de la población total del país); los atentados terroristas en los últimos años, muchos de ellos con tintes yihadistas (3), así como el poco conocido fenómeno naxalita que, en realidad, es el que está causando más muertes en los últimos años (unas 10.000 desde finales de los años 60, con varios centenares cada año). Se trata de guerrillas maoístas, apoyadas por campesinos pobres pertenecientes a tribus no integradas en el sistema de castas, de lenguas dravídicas, que operan sobre todo en el estado de Andhra Pradesh.

Asimismo, no se han de obviar otros problemas de carácter endémico, como son los altos índices de corrupción pública; la diversidad religiosa, étnica y cultural; las elevadas tasas de analfabetismo y desigualdad; sus pobres infraestructuras o las escasas mejoras materiales, entre otras cuestiones (Mukhopadhyay, 2015: 10).

(1) Si bien conviene aclarar que existe un problema de base a la hora de definir el concepto de «clase media». En este sentido, es posible identificar una relatividad inherente a los indicadores que marcan la pobreza y que, *por ende*, definen también a la «clase media». La noción de «pobreza absoluta» y «línea de pobreza» considera exclusivamente los ingresos; sin embargo, hay otros factores que se han de tener en cuenta en el proceso de determinación de lo que se estima «pobreza» o «clase media», como son la seguridad sanitaria o médica, el acceso al agua potable, las privaciones sociales relacionadas con la casta y el género, la edad avanzada o las discapacidades, entre otros. De esta manera, se hace necesario subrayar que los halagüeños datos sobre el crecimiento de la clase media deben ser sometidos a una revisión crítica (Chandhoke y Priyadarshi, 2009).

(2) <https://datosmacro.expansion.com/pib/india>.

(3) Recordemos la masacre de Bombay en noviembre de 2008, con centenar y medio de muertos y muchos más heridos.

Todo ello da algunas pistas, planteadas al estilo de lo que recomienda la escuela del realismo neoclásico, acerca de los motivos por los cuales India no ha logrado ser lo que una primera lectura de algunas cifras «macro» podrían dar a entender. Pero uno no siempre elige (si es que lo hace alguna vez) las condiciones en las que los demás actores juegan sus bazas. De modo que en los próximos años India se encontrará con la necesidad de resolver esos problemas internos al mismo tiempo que deberá afrontar sus responsabilidades a la hora de proteger las principales rutas comerciales, sin las cuales toda su economía (y su sociedad) se vendría abajo cual castillo de naipes. Es el paso de la adolescencia a la edad adulta medido en clave geopolítica. O, como se dijo alguna vez, el tránsito de un actor a duras penas regional, hipotecado por la «diplomacia moral» de Nehru (Zajec, 2009), a un actor de ámbito global, que trata de generar su propio espacio, pero llegando tarde al reparto.

La proyección naval de India

Asumiendo dicho diagnóstico, el Ministerio de Defensa indio ha dejado muy clara la inextricable relación entre la «prosperidad económica» y la «capacidad naval» de su país. La razón es palmaria: no es posible tal prosperidad si no se protegen las líneas de suministro marítimas que fluyen a/y desde sus costas (MoD, 2007: 10), cosa que debería ser evidente, dado que el 85 por 100 del volumen total de mercancías se transportan por mar, aunque en el caso de India ese porcentaje podría estar más próximo al 90 por 100. Algo que no todos los Estados exponen con tanta claridad. Se trata, pues, de toda una declaración de intenciones. Todo esto se encuentra materializado también en el desarrollo del concepto de Conciencia del Dominio Marítimo (MDA, por sus siglas en inglés) al que se hace referencia explícita en el *Informe Anual 2018-2019* del Ministerio de Defensa de India.

En clave histórica, aunque suele citarse la guerra indo-paquistaní de 1971 como el punto de inflexión para dotarse de una Marina de Guerra de aguas azules (Rath, 2014: 73), entre otras cosas por el impacto que causó el despliegue en la zona del USS *Enterprise*, eso es una verdad a medias. En realidad, desde 1961 India contaba con un portaviones (INS *Vikrant*, ex-HMS *Hercules*) dotado con cazas a reacción *Sea Hawk* (la compra se concertó en 1957), lo cual delata una intencionalidad inicial al respecto, aunque, con toda probabilidad, entorpecida por los todavía escasos recursos presupuestarios disponibles en esas fechas.

Tampoco podemos obviar que uno de los principales quebraderos de cabeza para la Marina india lo constituye la protección de su ZEE, así como la necesidad de proyectar poder en las Laquedivas y —de modo muy especial— en Andamán y Nicobar.

Pero, siendo todo ello de gran relevancia, lo es más la competencia establecida con China, incentivada, como hemos visto, por tres consideraciones: a) los conflictos no esencialmente marítimos entre ambos; b) la buena relación existente entre China y Pakistán, y c) la creciente presencia china en el Índico, con tonos cada vez más militares, siguiendo el modelo de Yibuti (4). Frente a ello, India se ha mantenido al margen de la Ruta de la Seda china. Un excelente análisis de las razones que explican esta decisión puede leerse en otro artículo publicado en esta misma REVISTA (Gutiérrez de la Cámara, 2018: 698-699).

No obstante, conviene señalar que, en relación con esta competencia con China, India ha fortalecido su presencia en iniciativas como la Estrategia del Indo-Pacífico con Estados Unidos, el Diálogo de Seguridad Cuadrilateral con Estados Unidos, Japón y Australia o el proyecto Asia-Africa Growth Corridor, en el que trabaja con Japón para construir una alternativa al Belt and Road Initiative (BRI, por sus siglas en inglés) de China (IISS, 2019: 130). A todo esto, hay que sumarle el trabajo por parte de India durante las últimas décadas para reforzar sus relaciones con los países del este asiático, así como su estrategia de establecimiento de bases militares —conocida por muchos analistas como Collar de Diamantes— a lo largo de distintos puntos geográficos en un intento de contrarrestar el avance chino.

En realidad, los dos primeros factores identificados unos párrafos más atrás incentivaron el programa nuclear indio, cuya primera prueba se llevó a cabo en 1974, y la que para muchos es considerada como la definitiva, en 1998. De hecho, en 1999 desarrolló su doctrina de empleo de armas nucleares, definiéndola como «disuasión mínima creíble» y basándola en el criterio *no-first-use* (Baqués, 2016), mientras ultimaba los planes para su programa de SSBN.

El primero de ellos, puesto en grada en 2004, fue comisionado en 2016 (INS *Arihant*, 110 metros de eslora y 7.000 TPC, dotado con 12 SLBM K-15, de 750 km de alcance, pero presto a incorporar los nuevos SLBM K-4, de 3.500 km de alcance). Una segunda unidad del mismo tipo (INS *Arighat*) podría entrar en servicio este mismo año o a principios de 2022, mientras que otras dos estarían en diferentes fases de su construcción. Aunque a decir verdad esos dos buques adicionales podrían considerarse como una subclase, mejorada, al contar con más eslora, el doble de silos que el cabeza de la serie y un desplazamiento superior. La prueba de que India se toma muy en serio su programa de SSBN es que ya tiene sobre la mesa un proyecto de buque de más de 12.000 TPC, dotado con 12 silos para los nuevos K-6, de más de 6.000 km de alcance (Unnithan, 2017).

(4) En otro artículo publicado en esta misma REVISTA trabajé la cuestión de la expansión china por el Índico, con especial referencia al caso de Yibuti (Baqués, 2019).



INS Arihant. (Fuente: Reuters).

Ahora bien, el arma nuclear es siempre el último (o, más bien, ultimísimo) recurso. De modo que la combinación de los tres elementos retroalimenta la necesidad india de dotarse de una Marina de Guerra poderosa para acceder a los hidrocarburos indispensables para su economía, para no quedar sometida a la voluntad de Pekín y para mantener cierta autonomía estratégica en su área natural de influencia. Todo ello planteado en el sentido mahaniano: capacidad para proteger las propias rutas, no menos que para amenazar las rivales.

Esto significa que el cambio que se ha generado en India ha sido conceptual. Hasta hace pocos lustros su mentalidad era la de un Estado en vías de desarrollo, centrado —cuando no ensimismado— en las cuestiones internas, crítico con el imperialismo occidental y, por extensión, con quienes establecían bases en el extranjero. Pero, paradojas de la vida, de un tiempo a esta parte las cosas han dado un giro de 180°. Ahora India se ve a sí misma como un poder emergente, no solo a escala regional —que también (Mishra, 2016)—, que necesita proteger sus recursos donde son más vulnerables (las importaciones y las exportaciones) y que, a consecuencia de ello, pergeña acuerdos con varios Estados para favorecer su presencia militar (sobre todo naval) en el extranjero, primando de ese modo sus capacidades de proyección de fuerzas (Rath, 2014: 75). Precisamente esta estrenada conciencia de poder emergente ha impulsado a la India —además de a desarrollar su tríada tradicional: Tierra, Mar y Aire— a trabajar también en la conocida como la «tríada emergente» (espacio, ciberespacio y operaciones especiales) como complemento a esa tríada

clásica y como fiel reflejo de la cambiante situación internacional y de sus esfuerzos por adaptarse a la nueva realidad (IISS, 2020: 269).

La estrategia naval india

India ha transitado desde una lógica de *Look East* a otra de *Act East* (Mishra, 2016), es decir, de vigilar las rutas marítimas principales a intervenir en las mismas. Eso contiene varios tentáculos, a saber:

- La potenciación de su flota de combate oceánica. Como quiera que ya se han dedicado otros trabajos a los detalles de este asunto, no insistiré en este momento. Simplemente, conviene recordar que, además del programa de SSBN ya comentado, India está potenciando su flota de portaviones (5), así como el número, la calidad y el armamento ofensivo —basado en los misiles de crucero Brahmos— de sus destructores y fragatas (Baqués, 2016; Gutiérrez de la Cámara, 2018).
- El establecimiento de acuerdos con Estados vecinos, que van desde las maniobras conjuntas al empleo de instalaciones navales en suelo ajeno, pasando por el desarrollo de programas conjuntos de vigilancia marítima. En este caso, destacan los convenios CORPAT (*Coordinated Patrol*) suscritos con Indonesia desde 2002, a los que debe añadirse la fuerte inversión india en el puerto de Sabang —que incluye facilidades para su uso en el futuro—, con la particularidad de que este se halla muy cerca del estrecho de Malaca, lo que demuestra que el Gobierno de Nueva Delhi está jugando las mismas cartas que su rival, y no se descarta un desenlace al estilo Yibuti, con presencia militar india incluida. Esos CORPAT se extienden a Tailandia desde 2005. Y también son destacables los acuerdos entre India y Vietnam para que la Indian Navy pueda hacer uso permanente del puerto de Nha Trang, además de obtener facilidades en Cam Rahn (desde 2010). En buena medida, esto se debe a que Vietnam asume que India puede ser parte de su propia estrategia de contención contra Pekín en el mar del Sur de China. Este conjunto de acuerdos se completa con el refuerzo de la presencia china en las islas de Andamán y Nicobar, que constituyen en sí mismas un excelente bastión para el control de la Ruta Marítima de la Seda, además de asegurar un apoyo más inmediato, llegado el caso, a esos aliados «al este de India».

(5) A un ex-*Kiev* se la va a unir el primero de fabricación nacional (INS *Vikrant*) a lo largo de este mismo año. En cambio, la construcción de un segundo buque de diseño nacional se ha ralentizado, no esperándose su entrada en servicio antes de 2030.

- La ampliación del radio de acción «al oeste de India», tanto en lo que se refiere al canal de Mozambique como en lo que respecta al golfo Pérsico. En el primer aspecto, destacan los acuerdos a los que se ha llegado con el Gobierno de Maputo, pero también la red que está tejiendo con Estados como Madagascar y Seychelles (con el establecimiento de estaciones de radar y de EW). En segundo lugar, destacan los acuerdos con Qatar y Omán, especialmente en lo que concierne al empleo de la Base Aeronaval de Duqm, así como el pacto al que India ha llegado con Irán, para el empleo del puerto de Chabahar, no muy lejos de la base china de Gwadar, en Pakistán. El proyecto es muy parecido al que ya hemos destacado en Indonesia: India replica los esfuerzos chinos a muy escasa distancia de estos, y lo hace al «modo chino». En este caso, diversas empresas indias están implicadas en la construcción de una vía férrea que unirá Chabahar con el norte del país (Mashhad) en unos 1.400 km de recorrido. Con ello, además, India pretende consolidar su creciente influencia en Afganistán... reduciendo de ese modo la de Pakistán y China (6).
- Una pieza clave en este proyecto de India es Washington. Las relaciones de India con los Estados Unidos pasaron a ser muy fluidas tras los atentados del 11-S, debido a que ambas potencias comparten la amenaza yihadista. El progresivo acercamiento de China a Pakistán (que en la Guerra Fría fue un pilar de la geopolítica de Washington en la zona) también viene contribuyendo a ello. Pero el mayor acicate actual para que esos lazos se sigan estrechando lo constituye la creciente presencia china en el océano Índico. De este modo, desde los tiempos de la Administración Obama —con Biden como vicepresidente—, la Casa Blanca ha perseverado en el apoyo a la política india, tendente a asegurar la presencia de Nueva Delhi en aquellas aguas, con la mirada puesta en garantizar la seguridad marítima, pero con evidentes pretensiones geopolíticas de mayor envergadura (7). Las

(6) India mantiene unas excelentes relaciones con la comunidad tayika afgana y, de hecho, regenta una base aérea en Tayikistán (Farkhor), cerca de la frontera afgana. En este artículo no podemos extendernos en este punto, pero conviene tener en cuenta que en los peores momentos de la Guerra Civil afgana (1992-1996) India trató de evitar que se alzaran con el poder los pastunes, aliados de Pakistán, apoyando para ello al líder tayiko Burhanuddin Rabbani. La situación actual deriva de la anterior y se entiende en clave de la pugna entre Pakistán y China, por un lado, e India, por el otro, por el contencioso de Cachemira, por el temor indio a la expansión del terrorismo islamista y por la influencia en Asia Central, mientras la confluencia de intereses con Irán —los tayikos son darí-hablantes, aunque no siempre sean chiitas— contribuye a acuerdos como el relativo a Chabahar (Baqués, 2010: 136 y 217-218).

(7) «US-India Joint Strategic Vision for the Asia-Pacific and Indian Ocean Region», <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/01/25/us-india-joint-strategic-vision-asia-pacific-and-indian-ocean-region>.

maniobras combinado-conjuntas y la adquisición de 14 P-8I *Poseidon* (con probables compras adicionales) constituyen una muestra más de esa entente.

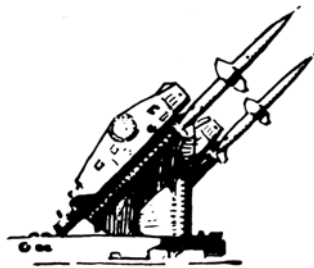
Conclusiones

India está alcanzando la mayoría de edad y su papel internacional está llamado a crecer por motivos estructurales. Pero sus problemas internos no le permiten dar ningún paso en falso y su margen de error es limitado. Mientras, su economía necesita mantener vivo el suministro de hidrocarburos y mejorar la exportación de productos manufacturados, lo que conlleva la necesidad de proteger esas rutas marítimas.

Su rivalidad con China no favorece una mejor relación: las disputas fronterizas, la alianza chino-paquistaní, la sensación de asfixia generada por la rápida expansión de la Nueva Ruta de la Seda y el propio Collar de Perlas chino vienen motivando una política todavía no agresiva, pero sí más proactiva, por parte de China, que se deja notar a levante y poniente de India. Aunque probablemente una de las derivadas de mayor impacto sea la relación, cada vez más consolidada, entre los Estados Unidos y la India (algo impensable en la Guerra Fría).

A su vez, esto contiene otras ramificaciones en el plano estratégico, ya que la mera posibilidad de que la Marina de Guerra china tenga que dividir sus fuerzas en un hipotético enfrentamiento a gran escala, para enfrentar al mismo tiempo a la US Navy y a la Indian Navy, es una pesadilla cada vez más entrometida en el no tan plácido sueño chino de dominio de Asia.

Lo que parece fuera de toda duda es que en lo sucesivo India deberá ser considerada como un auténtico actor estratégico y no como un mero pivote geopolítico, tal como Brzezinski anticipaba hace veinte años. Los pronósticos tienden a cumplirse.



BIBLIOGRAFÍA

- ALAGAPPA, M. (1998): «International Politics in Asia: The Historical Context» (ed.), en *Asian Security Practice: Material and Ideational Influences* (pp. 65-111). California: Stanford University Press.
- BAJPAI, Kanti. (1998): «India: Modified Structuralism», en ALAGAPPA, M. (ed.) *Asian Security Practice Material and Ideational Influences* (pp. 157-197). California: Stanford University Press.
- BAQUÉS, Josep (2010): *¿Quo Vadis Afganistán?* Madrid: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado.
- (2016): «El poder naval de la India: de las armas nucleares al refuerzo de la flota oceánica», en *Análisis GESI 3/2016* (<http://www.seguridadinternacional.es/?q=es/content/el-poder-naval-de-la-india-de-las-armas-nucleares-al-refuerzo-de-la-flota-oce%C3%A1nica>).
- (2019): «Las claves de la presencia china en Yibuti». *REVISTA GENERAL DE MARINA*, núm. 177, julio, pp. 63-72.
- BORREGUERO, Eva (2017): «India. Geopolítica en tiempos de cambio». *Política Exterior*, núm. 179, pp. 92-100.
- BRZEZINSKI, Zbigniew (1998): *El gran tablero mundial*. Barcelona: Paidós.
- CHANDHOKE, Neera, y PRIYADARSHI, Praveen (2009): *Contemporary India: Economy, Society, Politics*. Nueva Delhi: Pearson.
- GUTIÉRREZ DE LA CÁMARA, Manuel (2018): «La expansión naval de la India». *REVISTA GENERAL DE MARINA*, núm. 274, pp. 697-704.
- International Institute for Strategic Studies (IISS) (2019): *Strategic Survey. The Annual Assessment of Geopolitics*. Londres: Routledge.
- (2020): *The Military Balance*. Londres: Routledge.
- MAHAN, Alfred T. (1897): *Interés de los Estados Unidos de América en el poderío marítimo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (2003 [1900]): *The Problem of Asia: Its Effects upon International Politics*. London: Transaction Publishers.
- (2007 [1890]): *La influencia del poder naval en la historia*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- MISHRA, Vivek (2016): «Revealed: India's Ambitious New Naval Strategy». *The National Interest*.
- Ministerio de Defensa de India (MoD) (2007): *Integrated Headquarters, Ministry of Defence, Government of India, Freedom to use the Seas: India's Maritime Military Strategy*. New Delhi: Ministry of Defence.
- MUKHOPADHYAY, Abhijit (2015). «India's Economy: Forging Ahead?», *The Financial Express*, 29 de noviembre.
- RATH, Sibapada (2014): «Maritime Strategy of India and China: Influence of Alfred Thayer Mahan». *Goa: Naval War College Journal*, vol. 26, pp. 71-79.
- UNNITHAN, Sandeep (2017): «A peek into India's top secret and costliest defence project, nuclear submarines», en *India Today Magazine*, 10 de diciembre.
- ZAJEC, Olivier (2009): «La India, nueva gran potencia nuclear». *Le Monde Diplomatique*, octubre.

Colaboración de las fragatas *Victoria* y *Méndez Núñez*
frente a la Base Naval de Rota, marzo de 2021.
(Foto: Roberto Romero Rodríguez).

